

LA IBERO OPINA, 18 de julio de 2009
Asignatura reprobada

David Herrerías Guerra*

El pasado domingo 5 de julio decidimos caminar de nuestra casa a la casilla; un recorrido de sólo unas 5 cuadras por San José el Alto. Se nos hizo fácil. No lo fue tanto porque después de las lluvias tuvimos que pasar por calles anegadas. En los portales las señoras se afanaban por volver a limpiar los pisos eternamente sucios por el trajín constante de los chiquillos en el mar de lodo exterior hacia la casa. Cerca ya de nuestro destino la calle se convertía en la región de los grandes lagos, éstos no azules y rodeados de bosques, como los de Norteamérica, sino chocolatosos y con márgenes resbalosas y amenazantes. Al final tuvimos que cruzar una calle que nos remitió ahora a la bella Europa, pero a la de la Primera Guerra Mundial, porque más que calle parecía una trinchera de la Línea Maginot. Cuando llegamos a la escuela en la que estaban ubicadas las casillas se podían seguir las huellas de los votantes dibujadas en el piso, distribuyéndose en las casillas contiguas. Al final, todos los que habíamos votado teníamos la evidencia marrón en el dedo pulgar y en los zapatos.

Caminando de regreso pensaba que hace muchos años -¿15, 20? – ya veníamos a votar a esta escuela, y las condiciones de la colonia no han cambiado. Las fachadas de las casas sí han mejorado, pero los servicios, las calles enlodadas, son exactamente los mismos. Cada tres años la gente hace este mismo recorrido, y constata esta misma situación. Bueno, en realidad, no necesita que pasen los tres años, lo constata a diario. Cada época de lluvias sabe que tendrá que hacer esfuerzos sobrehumanos para no llegar enlodada a la escuela o al trabajo. Surge entonces una pregunta elemental para la democracia: ¿en qué medida la gente que va y deposita su voto, logra hacer la conexión entre esta realidad de marginación y el ejercicio del sufragio?, ¿por qué la gente que ha visto a lo largo de 20 años que la situación en su colonia no ha cambiado, no se plantea la posibilidad de un cambio a través del voto?, ¿por qué ante esta situación no salió el otro 50% aunque sea para expresar su descontento?

Pareciera que al Partido “se le va”, como se le va al Equipo León, o las Chivas. Es un asunto de simpatías. O probablemente se consolidó la imagen de marca del partido y se construyó la fidelidad a través de la idea de que es el “partido confiable”, de “gente decente” y los otros no. O funcionan muy bien los mecanismos gubernamentales que hacen pensar que algunos servicios de salud o de apoyos sociales dependerán de la fidelidad al partido.

Para que funcione bien el sistema democrático es muy importante que la gente haga la conexión entre los resultados que un partido le ha ofrecido y el voto siguiente. Que sienta y asuma el poder que entraña el sufragio y lo use en beneficio de su colonia o distrito. Sólo así la ciudadanía podrá ir logrando que los partidos actúen conforme a los intereses de la mayoría. Y en este sentido no bastan las campañas de cada tres años, sino una educación cívica y democrática consistente. No basta una educación cívica entendida como el culto a los símbolos patrios, sino como la formación en competencias democráticas. Todos los actores involucrados en la educación debiéramos pensar las formas y los cómo. Pero es claro que la asignatura “democracia” está, por lo pronto, reprobada.

*Académico del Centro Ignaciano de Formación Humanista